



El montículo que servía de pantalla al sol al caer la tarde, estaba repleto de casas.

ADIOS *al* PAISAJE

por David M. TELLECHEA

Hace algún tiempo, al remover el contenido de un viejo baúl repleto de papeles y cuadernos de mi infancia, topé con un paisaje dibujado por mí. Aquel papel lleno de trazos inseguros y colores de pintura barata, me hizo reflexionar sobre el paisaje. Lo que significa y representa para nosotros.

Rara será la persona que no sienta en su interior un gran gozo al contemplar la grandeza de las montañas, la tranquilidad de las campiñas, el murmullo de los arroyos, la paz de los rincones de sabor añejo. Sin embargo, cada día que transcurre, el paisaje va siendo lacerado. En todas partes se construyen edificios sobre antiguos vergeles. Desaparecen los arroyos bajo gruesas capas de hormigón. Caen los árboles para dar paso a extensas avenidas. Y son derruidas las construcciones seculares para ser sustituidas por otras de líneas modernas.

Y así, el paisaje, alimento espiritual, muere quedamente destruido por el progreso. Es natural que esto suceda. La vida moderna lo exige y no podemos luchar contra ella. No nos queda más que añorarlo y solazarnos de vez en cuando con su recuerdo.

De esta manera, el dibujo que encontré me sumió en mi paisaje de antaño.

Bajo el balcón, la huerta poblada de maíces balanceantes al sol. La blanca casita en medio de ella. La carretera que muere en la estación. Y allí el viejo tranvía que se detiene chirriando. A lo lejos, la campiña salpicada de caseríos. Y el

monte en forma de flan. Y la loma tras la que se oculta el sol.

Ahora, a mis pies, una explanada de cemento con una calzada de adoquines, repleta de animales y carruajes. Después, un largo edificio. Y a través de sus cristales un incesante movimiento. Detrás, una casa bastante alta. Y luego un trozo de cielo azul y un sol radiante. Nada más.

Me entraron ganas de ver lo que había quedado tras aquella casa. Y así, me fui por la carretera a la estación. Pude distinguir unos edificios nuevos, que, naturalmente, antes no entraban en mi paisaje. Luego bordeando unas huertas me dirigí al campo. Y allí sentado bajo un árbol, contemplé el pueblo. Antes, dirigí la vista hacia el montículo que servía de pantalla al sol al caer la tarde, y vi que estaba repleto de casas. El monte en forma de flan seguía igual que antes.

Distinguí los edificios que ahora miraban a la naturaleza. Eran las avanzadillas del progreso. Altas, esbeltas, llenas de vida. Ofrecían un aspecto radiante bañadas por el sol y por la luz. Más atrás, numerosos tejados emergían con timidez.

Y pensé, que aquella quietud que me rodeaba, la hierba que se mecía al compás del viento, los árboles que ahora esparcían su fronda por la campiña, desaparecerían pisoteados por moles vivientes de hormigón, dentro de algún tiempo. Y solamente quedarían para solaz del recuerdo en algún arrugado dibujo escondido en las profundidades de un viejo baúl.